

Club DEL MISTERIO

Sax Rohmer
LA NOVIA DE
FU MANCHU



N° 51

Una extraña epidemia azota la Riviera francesa, un arma biológica creada por el Dr. Fu-Manchú. Las autoridades francesas llaman al Dr. Petrie y, cuando se descubre la verdad, se llama a Denis Nayland-Smith para que ayude a detener a su archienemigo antes de que pueda tener éxito en la propagación de su plaga por Europa. Mientras luchan por contener el horror, el amigo de Petrie, el botánico Alan Sterling, no puede dejar de pensar en la misteriosa Fleurette, sin saber que la hermosa niña con la que se encontró, fue criada por el emperador del mal, el Dr. Fu-Manchú.

Una de las mejores novelas de la serie, su tema biológico es un precursor de *On Her Majesty's Secret Service* de Ian Fleming, y el propio Fu-Manchú es el prototipo del Dr. No.

1. FLEURETTE

Sentado al timón de la embarcación, mientras contorneaba el cabo y durante el resto de la travesía, no conseguía apartar mi pensamiento de Petrie. Se suponía que era él quien debía cuidar de mí. Pero, sin duda alguna, necesitaba mucho más que yo los cuidados de otra persona. Se tomaba sus responsabilidades demasiado en serio; y esa extraña epidemia que había obligado a las autoridades francesas a recurrir a su ciencia estaba llevándolo hasta el límite de sus fuerzas. Durante el almuerzo, parecía realmente enfermo; no obstante, había insistido en regresar a su laboratorio.

Se comportaba como si el prestigio de la Royal Society dependiera sólo de él.

No estaba muy seguro de poder dejar la lancha en la calita que había previsto como puerto, pero, por fortuna, logré anclarla sin dificultad. Cuando la pequeña lancha estuvo a salvo, me lancé al agua y eché a nadar hacia un pequeño promontorio que dominaba la bahía y la playa de Sainte Claire de la Roche. El motivo de esta expedición era, probablemente, el deseo de demostrarme a mí mismo de qué era capaz; si no conseguía explorar Sainte Claire desde tierra, abrigaba el firme propósito de invadirla como fuera.

El agua estaba tibia y desprendía ese olor peculiar a estancamiento propio de los mares sin mareas. Rodeé a nado el pequeño promontorio y, a unos veinte metros de la playa, hice pie.

En aquel momento, la vi...

Sentada de espaldas en la arena, estaba peinándose. Mientras avanzaba penosamente por el agua hasta la orilla, pensé que ese único habitante de Sainte Claire no podía ser sino uno de aquellos seres fabulosos llamados sirenas.

Al llegar a la playa, me detuve para contemplarla.

Sus brazos, sus hombros y su espalda eran muy hermosos. La sal y el sol de la Riviera habían dado a su piel un tono bronceado muy apetecible. Sus cabellos ondulados eran de un voluptuoso color caoba. Desde el mar, esta era la única parte visible de la sirena.

Alcancé la playa sin llamar su atención.

Me percaté entonces de mi equivocación: poseía un precioso par de piernas morenas, fuertes y bien torneadas que desmentían de manera definitiva la teoría de que era una sirena. Se trataba sencillamente de una muchacha, con una figura perfecta y un pelo precioso, vestida con uno de aquellos trajes de baño que hacían furor en Cannes.

En ese momento, sin saber por qué, mi admiración se convirtió de repente en miedo y me impulsó a huir. Intenté luchar contra esta extraña sensación, achacándola al hecho de que me encontraba todavía convaleciente de una grave enfermedad. Este, pensé, debía de ser el único motivo de que me sintiera de pronto invadido por un sudor frío. ¿Qué otra explicación cabía dar, si no, al pánico que se apoderaba de mí ante esta hermosa muchacha?

Me acerqué poco a poco.

Al subir por la ligera pendiente de la playa, me oyó y se volvió.

Me quedé contemplando con estupor el rostro más perfecto que había visto jamás. Sus brazos y sus hombros estaban tan maravillosamente torneados que temía llevarme una desilusión: su belleza, no obstante, resultaba deslumbrante.

Su piel, tostada por el sol, no mostraba rastro alguno de maquillaje. Sus rasgos parecían cincelados con toda delicadeza. Sus labios, ligeramente entreabiertos, dejaban ver

unos dientecitos blancos. Sus grandes ojos azules —del mismo color que el Mediterráneo— bordeados de pestañas oscuras, me miraban fijamente como si mi repentina aparición la hubiera alarmado. Había soñado alguna vez, como la mayoría de los hombres, con la belleza perfecta, pero no esperaba encontrarla jamás.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó esa criatura de ensueño mientras se apoyaba en un codo para verme mejor.

Tenía un tono de voz melodioso y un tanto sofisticado, pero la naturalidad de su acogida me tranquilizó un poco.

—He venido nadando hasta la playa —respondí—. Espero no haberla asustado.

—Nunca me asusto —contestó con una voz suave y tranquila mientras me examinaba con la mirada de un niño, un niño muy listo y muy observador—. Sólo estaba sorprendida.

—Lo siento. Debería haberle avisado de mi presencia.

Ni siquiera parpadeó; empezaba a sentirme un poco desconcertado. Las curvas de su cuerpo semidesnudo ponían de manifiesto su extrema juventud, pero su belleza se hallaba envuelta en un halo de misterio que su desenvoltura aparente no lograba disipar. De repente, vi formarse un pequeño hoyuelo en su barbilla redonda y firme y me sentí muy aliviado. Sonrió y en ese mismo momento me convertí en su esclavo.

—Acláreme una cosa, por favor —dijo—; no está aquí por una simple casualidad, ¿verdad?

—No —admití—, esto es un complot.

Adoptó una posición más cómoda, acodándose con ambos brazos en la arena y sosteniendo su barbilla entre las manos.

—¿Qué entiende por «complot»? —preguntó, recobrando de golpe su seriedad.

Me senté, un poco avergonzado de mi cuerpo anguloso y feo.

—Quería echar un vistazo a Sainte Claire —contesté—. Hasta ahora, podía visitarse libremente, y es un lugar de considerable interés histórico. Encontré la carretera cerrada. Me contaron que un tal Mahdi Bey había comprado la isla y había decidido prohibir el acceso a la misma. Me dijeron que la finca llegaba hasta el mar. Me puse entonces a explorar y acabé por descubrir esa pequeña bahía.

—¿Y qué pensaba hacer? —preguntó, mirándome con cierta arrogancia.

—Bueno... —vacilé, esperando quizás otra sonrisa—, pensaba explorar Sainte Claire y, en caso de que me descubriesen, alegar que la corriente que rodea el promontorio me había arrastrado hasta la orilla.

Aguardé ansioso a que el hoyuelo apareciese de nuevo, pero no lo hizo. Los rasgos de la muchacha, en cambio, adquirieron una expresión lejana y muy peculiar que le transfiguró de modo extraño el rostro; era como si su espíritu hubiese huido muy lejos, a otro país o a otro mundo, tal vez. Su juventud y su deslumbrante belleza parecían repentinamente modificadas por el pincel oculto de un antiguo maestro. Me invadió de nuevo el deseo insensato de huir.

Empezó a hablar. Sus palabras eran banales, pero su voz parecía llegar también desde muy lejos; me atravesaba con la mirada como si sus ojos estuvieran fijos en un objeto muy lejano.

—Un chico muy emprendedor —comentó—. ¿Cómo se llama?

—Alan Sterling —contesté sobresaltado.

Tenía la extraña sensación de que la muchacha no había formulado la pregunta pese a que sus labios habían pronunciado las palabras.

—Supongo que vive por aquí.

—Así es.

—Alan Sterling —repitió—. Es un nombre escocés, ¿verdad?

—Sí, mi padre, el doctor Andrew Sterling, era escocés, pero se estableció en el Medio Oeste norteamericano, donde nació.

Agitó con energía sus rizos de color caoba como para conjurar un maleficio. Se puso de rodillas y se volvió hacia mí; sus dedos jugueteaban con la arena. Parecía haber recobrado su estado natural y regresado a mi lado, más adorable que nunca. Sus siguientes palabras confirmaron la extraña impresión de que, por un breve instante, su mente y su espíritu habían vagado muy lejos de allí.

—¿Ha dicho que era norteamericano? —preguntó.

—Nací en Estados Unidos, pero —contesté con cierto malestar— me gradué en Edimburgo, de modo que no sé muy bien qué soy.

—¿De verdad?

Se recostó en la arena, adoptando la postura de un maravilloso ídolo.

—Y ahora, por favor, dígame su nombre —supliqué—. Ya conoce el mío.

—Fleurette.

—¿Fleurette qué más?

—Fleurette y nada más. Sólo Fleurette.

—Sí, pero Mahdi Bey...

Supongo que lo quedaba bastante claro lo que quería decir.

—Mahdi Bey —contestó Fleurette— es...

Se interrumpió de golpe. Su mirada se perdió de nuevo a lo lejos. Tuve la clara impresión de que estaba escuchando, atenta a un ruido lejano.

—Mahdi Bey... —insistí.

Me lanzó una breve mirada.

—De verdad, señor Sterling, tengo que irme. No deben verme hablando con usted.

—¿Por qué? —exclamé—. Esperaba que me llevase a visitar Sainte Claire.

Sacudió la cabeza, enojada.

—Por favor, regrese al mar, por donde ha venido. No puede acompañarme.

—No entiendo por qué.

—Porque sería peligroso.

Volvió a guardar tranquilamente su peine en el bolso que se hallaba junto a ella en la arena, recogió un gorro de baño y se puso en pie.

—Puedo ahogarme; ¿esto no parece preocuparle demasiado!

—Tiene su lancha anclada justo detrás del promontorio —repuso con una mirada rápida por encima de su hombro dorado—. He oído el ruido del motor.

Esto fue una revelación.

—Ahora comprendo por qué mi llegada imprevista no pareció asustarla mucho.

—Nunca me asusto. En realidad, soy bastante inhumana en muchos aspectos. ¿Ha oído hablar alguna vez de Derceto?

Los cambios repentinos en su conversación y en su estado de ánimo me desconcertaban.

—Vagamente —contesté—. ¿No era una especie de diosa pez?

—Sí. Cuando piense en mí, hágalo como Derceto, no como Fleurette. Entonces lo entenderá.

En aquel preciso momento sus palabras no me llamaron mucho la atención aunque tuve ocasión, más adelante, de pensar a menudo en ellas. No sé qué me disponía a contestar porque mis pensamientos, que ya eran bastante confusos, fueron atraídos de pronto por un... sonido.

Hasta el día de hoy, no me siento capaz de definirlo aunque me vi obligado a hacerlo antes de que transcurriera mucho tiempo. Se parecía más a un tañido de campana que a cualquier otra cosa, pero no lo era. Se trataba de un sonido muy agudo que llegaba a la vez de todas partes y de ninguna; una nota tenue, de una dulzura casi insosteni-

ble, como una trompeta mágica que me sonaba muy cerca del oído.

Me sobresalté y miré en torno a mí, mientras Fleurette, sin una palabra, sin una sola mirada, ¡huyó!

Contemplé, estupefacto, su cuerpo esbelto y moreno que se alejaba por un sendero abrupto hasta que, en una curva, en lo alto, desapareció sin mirar atrás una sola vez.

Entonces me sentí preso otra vez del deseo de abandonar cuanto antes la playa de Sainte Claire de la Roche...

2. UNA NUBE VIOLETA

Alcancé la lancha unos minutos después. Mientras subía a bordo y ponía el motor en marcha, reparé en que me hallaba en un tremendo estado de excitación. En el camino de regreso al embarcadero situado debajo del pequeño chalet de Petrie, el recuerdo de lo ocurrido aumentaba todavía más mi nerviosismo.

Fleurette era la criatura más encantadora pero a la vez la más misteriosa que se había cruzado jamás en mi camino; y pensando en ella y en nuestra extraña conversación, llegué a una conclusión inevitable. Me había mentido, estaba claro, había estado actuando durante todo el rato que habíamos pasado juntos. Una bella muchacha instalada en la finca de un rico egipcio... ¿qué podía pensar?

La respuesta parecía evidente. Era dura de aceptar, pero no cabía otra. Por otra parte, prefería no acordarme del extraño sonido que había puesto fin a nuestra entrevista. No lo relacionaba con nada...

Mientras amarraba la lancha y después, al subir bajo un sol de justicia por el largo sendero que conducía a Villa Jamin, me pregunté si volvería a ver a Fleurette y, sobre todo, si ella querría verme otra vez.

La señora Dubonnet, supuse, había ido al pueblo para realizar su compra del mediodía, lo que incluía una parada obligatoria en la terraza de un pequeño café para tomar el aperitivo en compañía de sus amistades. En cuanto a Petrie, sabía que estaría trabajando duro en el laboratorio, al fondo del jardín.

Me preparé una copa, me senté en la galería abarrotada de plantas y dejé vagar mi mirada por el pequeño y bien provisionado huerto. Más allá se divisaban las paredes cuajadas de flores y los tejados rojos sobre los cuales destacaba el verde de las palmeras y de la vid; al fondo, el Mediterráneo centelleaba como una joya. Pensé que sin duda era un lugar muy apropiado para una convalecencia. Luego, insidiosamente, el recuerdo de Fleurette se apoderó de nuevo de mi mente. Debía de estar agotado por el baño y allí, echado en la tumbona, con el sol acariciando mi piel, me adormecí. Y, casi en el acto, empecé a soñar.

Soñé que me hallaba tendido en esa misma tumbona, bajo el sol, en el balcón o en la azotea de un edificio de una altura extraordinaria. Decidí que sólo podía tratarse del Empire State Building de Nueva York. Gozaba de una vista panorámica. Estaba rodeado de otros muchos edificios gigantescos que bordeaban kilómetros y kilómetros de rectas avenidas que se extendían hasta el lejano mar.

El cielo era azul zafiro, y una bruma de calor subía desde la gran ciudad que yacía a mis pies.

Percibí entonces un extraño sonido de una gran agudeza. Me recordaba algo que ya había oído antes pero que, en mi sueño, no lograba definir. En el horizonte, a muchos kilómetros de distancia, por encima del océano azul, apareció una nube del tamaño de mi mano. Era una nube violeta que se abría poco a poco como un abanico cuyas varillas se hacían cada vez más anchas hasta que, por fin, la mitad del cielo se tiñó de violeta.

De repente, el puntito luminoso que representaba, supongo, el clavillo de aquel extraño abanico, se convirtió en una joya. El abanico seguía desplegándose, oscureciendo aún más el cielo.

La mancha luminosa se acercaba, y al fin pude distinguir de qué se trataba.

Era un dragón o una serpiente de mar que trepaba hacia mí a una velocidad vertiginosa. Encima de su horrenda

cabeza con cresta cabalgaba un hombre. Llevaba una túnica amarilla que los rayos del sol convirtieron poco a poco en una vestidura de oro.

Su rostro amarillo resplandecía también como el oro; llevaba un gorro adornado con perlas brillantes. Era chino.

Pensé que su rostro tenía la majestuosidad de Satán, que era el emperador de las tinieblas llegado desde el infierno para apoderarse de una ciudad condenada.

Vi entonces que, sobre el dragón, cabalgaba otro jinete; una mujer, vestida con un suntuoso traje blanco y tocada con una diadema de piedras preciosas. La reconocí...

Era Fleurette.

La nube violeta llenó todo el cielo hasta que reinó la oscuridad. La sombra me invadió, y sustituyó la luz del sol. Me estremecí y abrí los ojos con un sobresalto.

El doctor Petrie acababa de entrar en la galería y me hacía sombra.

—¡Hola, Sterling! —me saludó—. ¿Qué pasa? ¿Abusando de sus fuerzas otra vez?

Me costó incorporarme y, al cabo de un momento, me sentí totalmente despierto. Mientras miraba a Petrie, sentado en una repisa, junto a una gran jarra de vino convertida en macetero, me asaltó la idea de que era un hombre muy enfermo.

No llevaba sombrero, y su cabello canoso estaba alborotado, algo poco habitual en él. Fumaba un cigarrillo y me observaba con aquella mirada penetrante que suelen tener los médicos. Sin embargo sus ojos, bajo los cuales se extendían unas profundas ojeras, despedían un brillo anormal.

—Fui a bañarme —respondí—, me quedé dormido y tuve una horrible pesadilla.

El doctor Petrie sacudió la cabeza y dejó caer la ceniza de su cigarrillo dentro de la jarra de vino.

—La fiebre amarilla es capaz de destrozar a cualquiera, incluso con una constitución tan fuerte como la suya —afir-

mó, con el semblante serio—. Créame, Sterling, no debería tomarse esas libertades con su salud durante una temporada.

En el ejercicio de mi profesión, la de botánico especialista en orquídeas, me había fulminado un fuerte ataque de fiebre amarilla en la parte alta del Amazonas. Los indígenas que me acompañaban me habían abandonado allí, en plena selva, y debo la vida a un explorador alemán quien, guiado por la Providencia, dio conmigo y me llevó hasta Manaos.

—Al diablo con las libertades, doctor —refunfuñé mientras me levantaba para prepararle una copa—. ¡Si de verdad existe un hombre que se permite ciertas libertades con su salud, es usted! ¡Se mata trabajando!

—Tonterías —replicó examinándome—. Olvídense de mí y de mi salud. Tengo serias preocupaciones.

—¿Un nuevo caso?

—Lo ingresamos a primera hora de la mañana —dijo, asintiendo.

—¿Quién es, esta vez?

—Otro de esos hombres que trabajan al aire libre, Sterling, un jardinero a destajo. Estaba trabajando en una villa alquilada por unos estadounidenses, precisamente en la ladera que domina Sainte Claire de la Roche...

—Sainte Claire de la Roche —repetí.

—Sí, ese lugar que tanto interés tiene usted en explorar.

—¿Cree que conseguirá salvarlo?

Frunció el entrecejo con un gesto evasivo.

—Cartier y los demás médicos franceses empiezan a ponerse muy nerviosos —contestó—. Si se divulgase la verdad, la Riviera quedaría desierta, ¡lo saben perfectamente! Por mi parte, tampoco me siento muy optimista. Hoy he perdido a otro paciente.

—¡Caramba!

Petrie se pasó nervioso la mano por el pelo.

—Lo que ocurre —continuó— es que resulta casi imposible establecer un diagnóstico. Encontré tripanosomas en la sangre del primer enfermo que examiné aquí; y a pesar de que nunca se ha visto una mosca tsé-tsé en Francia, no tuve más remedio que diagnosticar la enfermedad del sueño. Probé Bayer doscientos cinco —sonrió con modestia— con una o dos modificaciones mías y, por algún milagro, el paciente se salvó.

—¿Por qué un milagro? ¿No es ese un tratamiento adecuado?

Me miró y su estado de extremo agotamiento me impresionó.

—Lo es —respondió— cuando de verdad se trata de la enfermedad del sueño. ¡Pero no era la enfermedad del sueño!

—¡Vaya!

—Y aquí aparece el milagro. Preparé unos cultivos y, al examinarlos al microscopio, me llevé una sorpresa; descubrí que esos parásitos no corresponden exactamente a ninguna de las especies clasificadas hasta hoy. Pertenecen a la familia de la enfermedad del sueño, pero son nuevos miembros. Y entonces, justo antes de que muriera otro paciente, hice un descubrimiento importante en el que he estado trabajando desde aquel momento...

—¡Trabajando demasiado!

—No importa. —El tema le apasionaba—. ¿Y sabe lo que encontré, Sterling? ¡Encontré un *Bacillus pestis* adherido a uno de los parásitos!

—¿*Bacillus pestis*?

—¡Peste!

—¡Dios mío!

—Pero aquí no termina todo: los tripanosomas (los parásitos que producen la enfermedad del sueño) eran de una nueva variedad, como ya le he dicho. Y también lo era el bacilo de la peste. ¡Presentaba unas características distin-

tas! Lo nunca visto, aunque le parezca imposible, ¡parásitos y bacilos juntos, trabajando en perfecta armonía!

—Me deja atónito, doctor —confesé—, pero tengo el presentimiento de que algo tremendo se esconde detrás de todo esto.

—¿Tremendo? Es algo monstruoso. La naturaleza está transgrediendo sus propias leyes, las que conocíamos hasta ahora.

Esto me hizo pensar en algo.

Mi padre había sido invitado a dar una conferencia en Edimburgo, en su antigua universidad, durante el primer año de estudios de Petrie, y una gran amistad había surgido entre maestro y discípulo. Nunca habían dejado de escribirse desde entonces.

Durante mis años de estudiante en Edimburgo el doctor se estableció en El Cairo, pero me invitó a pasar unos días en su casa de Londres. Y fue el principio de otra amistad.

En aquella ocasión, él había regresado de Egipto para recibir la medalla de la Royal Society por sus investigaciones sobre medicina tropical. Recuerdo cuál fue mi decepción al enterarme de que su mujer, de cuyo encanto había oído hablar muchas veces, no lo acompañaba en este viaje.

La visita, que tenía que ser breve, se prolongó a instancia de las autoridades francesas. La fama de Petrie había aumentado con los años, y al enterarse de su presencia en Londres le habían rogado que investigara el origen de la extraña epidemia que mantenía en vilo a todo el Midi francés, poniendo Villa Jasmin a su disposición para este fin.

Tres semanas más tarde, me repatriaban desde Brasil. Petrie, avisado por mi padre, me recogió en Lisboa, donde el barco hacía escala, y me llevó a Villa Jasmin para vigilar mi convalecencia.

Me temo que había resultado ser un paciente bastante rebelde.

—No vio usted el otro caso, ¿verdad? —preguntó bruscamente Petrie.